# REDMAN

Marcelo Simonetti

AUREA
EDICIONES

© Redman
Sello: Odonata
Primera edición, Julio 2022
© Marcelo Simonetti 2022

Edición General: Martín Muñoz Kaiser
Edición Literaria: Aldo Berríos
Portada: José Canales
Corrección de textos: Aldo Berríos
Diagramación: Martín Muñoz Kaiser.

Aurea Ediciones Ltda.
Errazuriz 1178 of 75, Valparaíso.
www.aureaediciones.cl

AUREA
EDICIONES

Registro Nacional Propiedad Intelectual Nº: 2022-A-5516
ISBN: 978-956-6183-06-8

Toda modificación o promoción debe ser aprobada directamente por el autor, de lo contrario se verá expuesto a reclamación legal.

*No tiene nada de malo sentir miedo,*
*siempre y cuando no te dejes vencer.*
**Capitán América**

*Sabemos que ninguna oración posible,*
*que ningún arrepentimiento,*
*que ningún acto humano conocido o desconocido*
*podrá remediar jamás lo que nos hicieron.*
*Ustedes son los padres del triunfo violento,*
*amargo y definitivo del mal.*
**Juan Radrigán**

*Desgraciado el país que necesita héroes.*
**Bertolt Brecht**

Por unos segundos, Teo Santos contempló el dibujo de Superman que colgaba de una de las paredes de la oficina. La ilustración, que tenía su cara, llevaba ahí un buen tiempo, desde el día en que la directora de arte se la obsequiara para su cumpleaños. "Porque a veces es bueno contar con un superhéroe que nos solucione los problemas", le había dicho ella. Le pareció un gesto delicado de su parte. Una forma ingeniosa de congraciarse con él. Sin embargo, hace unas semanas había comenzado a observar el dibujo con una cuota de suspicacia. Le tomó un poco de tiempo llegar a saber por qué. En otra etapa de su vida, esa imagen pudo haber encarnado un sentido profundo —el de luchar por la verdad a cualquier precio—, pero luego de veinte años ejerciendo el oficio se daba por pagado con que lo enviaran a apoyar una de las producciones de moda que la revista hacía en el Caribe o en la Patagonia. Había días en que le hubiera gustado comenzar de nuevo, reinventarse,

no dejarse arrastrar por la corriente. De hecho, a veces, nada más despertar se lo proponía, quizá romper con todo, huir de ese circuito de rutinas al que su existencia había quedado reducida. Podía oír esa voz interior que lo conminaba a hacer algo, a rebelarse, a salir de esa comodidad que un sueldo medianamente bueno le ofrecía. La existencia debía ser mucho más que esa apariencia de vida que él llevaba. Pero todo seguía igual.

La música lo salvaba del día a día. Tecleaba sus historias dejándose llevar por los acordes en sus audífonos. Prefería a los japoneses: Hisaishi, Sakamoto, Umebayashi. Al oírlos, su imaginación lo llevaba a las calles de Tokio y paseaba por alamedas llenas de cerezos en flor, samuráis travestidos en jóvenes oficinistas y bares de sake. En verdad, nunca había viajado a Japón, pero se había hecho a la idea de que cualquier ciudad japonesa era lo suficientemente distinta a la suya para tenerla como un paraíso donde escapar. Y aunque nunca llegara a conocer esas calles, la ilusión le bastaba para liberarse del parloteo que se multiplicaba en medio de ese hacinamiento en que la revista había confinado al equipo de redacción con el fin de abaratar costos.

Esa mañana oía precisamente "Summer", de Hisaishi, cuando un perfume dulzón revoloteó alrededor suyo. Luego, una mano delgada y tibia se deslizó por su hombro para detenerse a la altura del corazón. Con la otra mano, María separó unos centímetros el audífono derecho de la oreja de Teo y acercó su boca para preguntarle cómo iba con la nota. Las palabras de la editora parecieron surfear sobre los acordes del piano de Hisaishi y, por una breve fracción de tiempo, Teo creyó que eso podía ser una epifanía de la eternidad. El día anterior le había dado detalles de la historia, incluido el pasaje con ese profesor —suponía que lo era, qué otra cosa pudo haber estado haciendo en el sindicato— que había cruzado el salón llevando un pañuelo rojo atado al cuello. El acce-

sorio le había parecido de una coquetería casi femenina. Probablemente el profesor advirtió la ironía en su rostro, porque se paró delante de él y le dijo, con una cuota de desprecio no menor, "este pañuelo lleva el color de la sangre de todos los compañeros caídos", para luego seguir su camino y desaparecer por la puerta que daba al baño de varones, como rezaba en un cartel escrito a mano. María lo había hecho reír cuando sugirió usarlo como modelo para la producción *vintage* que la revista preparaba para el número especial de primavera. A Teo le gustaba ese humor casi negro que ella acostumbraba emplear cuando estaban juntos.

—¿Cuándo entregas?

—Con un poco de suerte, el viernes.

—Está bien. No hay apuro —le dijo ella y volvió a acercarse a su oreja—. Si quieres hoy a la hora de almuerzo podemos…

—No, hoy no. Quiero salir luego de esto. Una vez que termine.

—Bueno, tú te lo pierdes —respondió ella y desanduvo sus pasos hasta desaparecer detrás de la puerta que tenía el cartelito de editora.

***

Teo llevaba un par de días trabajando en un reportaje sobre las precariedades a las que debían hacer frente los profesores de las escuelas que funcionaban en las comunas periféricas de la ciudad. Eran temas que nadie quería reportear. Suponía que estaban fuera del radar de intereses de sus compañeros y compañeras de redacción, o tal vez ellos imaginaban que escribir sobre gente que no se vestía bien o que no tenían vidas glamorosas los desperfilaba. No imaginaba a José Antonio ocupado de las cuestiones sociales de un grupo de maestros —el tema social, para él, se reducía a las fotos de gente "bien" en los lugares más chic de Santiago—, ni menos podía visualizar a Pilar, acostumbrada a tiendas de moda del

estilo de Gucci, Hermès o Ferragamo, cruzando el portón de entrada de la Escuela A-56. Había quienes veían en la precariedad algo parecido a una enfermedad o una pandemia; era mejor no acercarse. Él mismo había tenido que armarse de valor para visitar una de esas escuelas y entrar a una de aquellas salas húmedas, frías y deslavadas. ¿Quién podía ocuparse de aprender algo en un lugar como ese? Su coraje no había sido suficiente. Una hora después de sentarse en una silla renga, se veía forzado a huir mientras media docena de adolescentes —hombres y mujeres— intimidaban al profesor con un cortaplumas, luego de que este intentara expulsarlos por estar besándose en la última fila.

—¡Son unos animales! —le había dicho el maestro, una vez que dos colegas llegaron en su auxilio para rescatarlo. Teo también quedó con esa sensación. La bestialidad parecía estar a flor de piel y bastaba el más mínimo estímulo para hacerla estallar. Esos chicos eran una manada de elefantes atravesando una cristalería. ¿Alguna vez él también había sido así? ¿Un salvaje sin educación? No. Su rebeldía había sido de otro cuño, de mayor vuelo, profundamente existencialista. Pero, claro, esto era diferente. Acá no había argumentos ni lógica discursiva, solo el arrebato bestial de una tropa de adolescentes. Salió de la escuela dando gracias de haber estudiado donde lo había hecho, preguntándose si acaso, de haber nacido en esos barrios, él no habría actuado igual que ellos.

***

El cielo ofrecía un color ceniza y las luminarias de la ciudad comenzaban a encenderse cuando Teo dejó la redacción. Se subió a su vehículo —un Renault con dos años de uso— y aceleró en dirección al poniente. El encargado de recursos de apoyos periodísticos se había negado a darle un vale de radiotaxi porque estaban en plan de austeridad, y ya sumaba tres viajes de ida y vuelta a los extramuros de la ciudad.

—Si fueras a cubrir un desfile o el lanzamiento de un perfume te lo doy, porque sé que eso mañana puede convertirse en un aviso de página y media o dos páginas, pero esos profesores con cueva tienen donde caerse muertos —le había dicho.

Teo avanzó por la autopista subterránea a lo largo de varios kilómetros. Pensó que era un lujo recorrer media ciudad en cosa de minutos. Cuando salió a la superficie el paisaje era tan distinto que no supo dónde estaba. ¿Qué era eso, un pueblito del Kurdistán o los barrios tristes de La Habana? Todo era tan desangelado, lúgubre, feo; imposible sentirse parte de aquello. Tuvo la sensación de estar en otro país. En alguna medida lo era, porque en los barrios donde se ubicaba la sede del Sindicato de Profesores de Escuelas Vulnerables las luminarias escaseaban, lo mismo que los edificios espejados, las tiendas *boutique* y los pequeños cafés. Todo era más gris, más inseguro, más incompleto. Casi un no lugar. Poco habituado a recorrer esas calles, la incertidumbre pareció gobernarlo. Subió las ventanas, aseguró las puertas con el control remoto y maniobró con cautela, en estado de alerta, no fuera a ser que en una esquina le saltara encima una banda de maleantes y lo dejaran ahí con lo puesto. Varios conocidos suyos habían pasado por esa experiencia, y lo que más les había dolido no era tanto el robo mismo, sino la sensación de vulnerabilidad. Él no estaba dispuesto a atravesar por el mismo trance. Se arrepintió entonces de no haber tomado el consejo de Pilar, quien le recomendó llevar un bate de béisbol que podía usar en defensa propia. No alcanzó a recordar si en la caja de las herramientas había una lo suficientemente grande como para intimidar a una turba, cuando vio las luces de la sede del sindicato que le indicaban que había llegado.

La invitación había sido cursada por el presidente de la agrupación, convencido de que la posibilidad de compartir una cena de camaradería le permitiría al periodista tener una mirada más certera de cómo vivían los profesores de los márgenes, como les gustaba llamarse.

El sindicato era modesto, un galpón antiguo con un par de escritorios, algunos casilleros, una pequeña tarima y dos baños —uno para varones, otro para damas—. Olía a humedad y aserrín. Habían dispuesto en el centro una mesa larga y varias sillas, además de utilizar banderas chilenas de plástico y lienzos en los que exigían mejoras salariales y beneficios. También había fotos de dirigentes, de las marchas, de la represión policial. A ojos de Teo, era una ambientación lamentable; a gran distancia de los mandamientos que Richard Emental, el nuevo gurú de la decoración minimalista, había referido en el último número del *magazine*. Pero era parte de su oficio ir y venir entre un mundo y otro, moverse por los claroscuros de la existencia humana, ver lo que otros no veían y entregarse a largas conversaciones con desconocidos que parecían abrirse a la intimidad, seres que difícilmente volvería a ver en su vida.

La comida fue abundante, también el vino. Aprovechó el tinto para hacer más llevadera la noche y accedió a que le rellenaran el vaso cada vez que se lo ofrecían. En ese ambiente de mayor relajo tomó algunas notas, registró un par de historias en el grabador e incluso apuntó descripciones que le servirían para escribir el artículo: "Una mesa triste y larga; los profesores que hablan como pájaros quejosos; una corrida de ventanas rotas, como sus vidas; las corrientes de aire, y esa presión, ese peso que todos los profesores parecen cargar sobre sus hombros y que les tuerce la postura". Sumido en esas lucubraciones, Teo no advirtió el avance de la noche ni los estragos del vino; mucho menos el arrebato de los profesores más combativos que, a los sones del "pueblo unido jamás será

vencido", salieron a la calle con banderas y puños en alto para iniciar una marcha. Caminaron varias cuadras proclamando consignas que Teo fue repitiendo como uno más. Intentó echar pie atrás, pero su voluntad se había adormecido por el alcohol. Quién sabe cómo, la marcha fue menguando, hasta que solo quedaron Teo Santos y el profesor del pañuelo rojo, que se apellidaba Martínez.

Esa noche, Martínez y Teo terminaron en un bar del centro. El profesor no había dejado de contarle historias sobre los días en que luchaba de igual a igual contra los esbirros del régimen, como se había referido a los partidarios del dictador.

—Esos asesinos y lameculos que no tenían problema en torturar a un niño o una mujer embarazada. Ojo por ojo, diente por diente, compañero —sentenció.

A Teo le hubiera gustado decirle que no era el único que había luchado contra la injusticia. Y aunque lo suyo no era tan épico, habría querido contarle de la vez que en la universidad, en medio de una protesta, les había devuelto a los pacos más de media docena de bombas lacrimógenas merced a certeros raquetazos, herencia de los golpes que había aprendido de niño en las canchas de arcilla cerca de su barrio. No pudo hacerlo, el alcohol desviaba las órdenes que el cerebro enviaba a su cuerpo. Con todo, no bajaba la guardia y daba su propia lucha contra los efectos del vino y el cansancio para no dormirse, mientras Martínez le hablaba de la instrucción militar que había recibido en Cuba y de los combates que había librado en Nicaragua.

—Porque la lucha es la misma lucha, compañero, llámese Sierra Maestra o Angola… —alcanzó a escuchar Teo antes de que el sueño lo doblegara y se terminara durmiendo, junto a los dispensadores de mostaza y ají, sobre la mesa de melanina.

Afuera amanecía.

***